

El perfume de una mujer triste

Luís de León y su hermana vivían en la misma calle donde yo vivía con mi familia. En éste barrio de obreros ellos eran considerados como los ricos de la vecindad porque su casa era de dos pisos, confortable, bien amoblada y poseían además un auto nuevo.

Los hermanos no eran originarios de Cartagena, sino que venían del interior del país, de ahí que su aspecto físico fuera distinto al de la mayoría de los vecinos: piel blanca, altos, delgados y facciones finas. Luís y su hermana vivían solos en ésa casa, Luís se dedicaba a vender seguros de vida, razón por la cual en algunas ocasiones tenía que viajar a otras ciudades y de su hermana nunca se supo a qué se dedicaba.

La casa de Luís era, como es sabido, amplia, cómoda, bien iluminada, con varias habitaciones y patio interior. Esta tenía sin embargo un pequeño defecto: no tenía garaje. Por ésta razón Luís guardaba su auto en el garaje de mi casa, ya que nosotros no teníamos auto. Mi mamá recibía una pequeña mensualidad que apoyaba las finanzas familiares y Luís mantenía seguro su auto en un barrio donde abundaban los amigos de lo ajeno.

Luís era una persona bastante abierta, extrovertida y bien educada, ésto combinado con su agradable presencia le hacía tener mucho éxito con las mujeres. Era muy normal verlo cada fin de semana con una mujer diferente, pero siempre hermosa y bien vestida. Cuando a veces llegaba a guardar el auto durante el fin de semana y estaba acompañado por una de sus amigas, la presentaba a mi familia con mucho orgullo y efusividad, que daba la impresión, que ésta sería con la que se casaría.

Al contrario de Luís su hermana era muy reservada y poco comunicativa, nunca saludaba, nunca miraba a las personas que estaban a su alrededor y nunca mantenía conversación con nadie. Ella vivía en su propio mundo y desde ésa distancia yo la observaba con curiosidad y admiración.

La hermana de Luís a veces salía con él temprano, cuando él se dirigía hacia su trabajo. Llegaban a nuestro garaje y ella mantenía su mirada fija en el horizonte, siempre distante y sin dejarse inmutar. Eso precisamente me servía para poder mirarla tranquilamente desde la ventana de mi habitación. Esta mujer no sólo era muy bella, sino que lucía distinguida y elegante. Se vestía con blusas delicadas, a veces de seda con mangas largas y botones en forma de perla. A veces llevaba medias veladas combinadas con carteras y zapatos de charol. Su maquillaje siempre era muy suave y discreto, y aunque hiciera mucho calor siempre parecía muy fresca.

En una ocasión cuando yo regresaba del colegio me la tropecé en la esquina de la calle mientras tomaba un taxi y como siempre no notó mi presencia, pero yo estuve tan cerca a ella que pude aspirar su perfume. Entonces lo aspiré profundamente hasta guardarlo en mi memoria, quizá con la intención de llegar a oler algún día como huelen las mujeres bellas.

En otra ocasión sucedió lo siguiente: Luís llegó con ella por la mañana a sacar el auto del garaje. Como siempre ella distante y él abierto y conversador. Cuando me asomé por la ventana él me saludó con mucho cariño y conversó un poco conmigo:

Hola cómo estás?

Bién.

Cómo te va en el colegio?

Bién.

Seguro quieres ir algún día a la universidad verdad?

Si.

Y qué quieres ser cuando seas grande?

Rica, como tu.

Entonces se produjo el milagro, por primera y única vez vi a la hermana de Luís sonreír. No giró su rostro, su mirada se quedó clavada donde la tenía siempre, pero sus labios se movieron y sonrieron y yo me alegré de haberle sacado una sonrisa a la mujer que nunca sonreía. Para mí el gesto significaba aún más, quizá podría significar el inicio de una amistad que me revelara infinitos trucos de belleza y también me revelara como se llamaba su encantador perfume.

Después de su fugaz sonrisa esperé unos instantes esperanzada en que me mirara, pero nunca lo hizo, lo que me causó una gran decepción. Ahora le agradezco que haya sido indiferente y que nunca me hubiera mostrado su triste e infinita mirada.

Pocos días después de éste, para mí, acontecimiento sin precedentes, Luís se fué unos días de viaje, como era habitual y se llevó su auto. Yo veía pasar cada mañana a su distante hermana por enfrente de nuestra casa, siempre linda e impecable. Yo me preguntaba qué sería lo que hacía, si estudiaba o trabajaba, si se encontraba con amigos y hablaba, me preguntaba cómo sería su voz, ésa que nunca llegué a escuchar.

Cuando Luís regresó de su viaje de negocios, por el cual había estado ausente durante una semana, empezó a preguntar a todos los vecinos si habían visto a su hermana. Pero nadie supo

responderle. Tras preguntar a amigos y familiares sin obtener información sobre ella, Luís tuvo que ir a la policía a poner una denuncia por desaparición. Después de dar las señales respectivas la policía no tardó en confirmar que su hermana era la mujer que tres días antes se había lanzado del último piso del banco popular, el edificio más alto del centro de la ciudad.

Sus funerales fueron rápidos y cortos, su hermano regresó a su vida cotidiana con mucha rapidez y el mundo continuó tan normal, como si ella nunca hubiera existido. Yo me quedé sin embargo durante largo tiempo recordándola cada día. Me quedé recordándola sin saber por qué su mirada era tan triste y por qué acabó con su vida. Me quedé también sin saber cómo se llamaba su perfume, el que aún tengo en mi memoria.